



## CAPÍTULO VI.

---

### HISTORIA DE UNAS TORTOLITAS

**E**l almuerzo aquella mañana, era de los mas suculento que puede pedirse.

Doña Refugio se había propuesto lucir su habilidad culinaria, preparando un platillo de tortolitas.

—Vamos á ver esas tortolitas, decía Castaños, van ustedes á chuparse los dedos, porque la cocinera es persona que lo entiende.

—¿Quién es la cocinera? preguntó uno.

—Eso no se puede decir hasta que se pruebe el platillo; porque las cocineras deben ser como los autores dramáticos; no se debe saber quién es el autor de una comedia nueva, sino después de que ésta haya sido aplaudida.

¡Bueno! ¡bueno! ese es un sistema magnífico; por mi parte ofrezco no preguntar por el autor, sino después de haber devorado la tercera tórtola, dijo uno de los convidados.

—Tienen esas tortolitas otro mérito, dijo Chona.

—¿Cuál?

—Que son todas víctimas de cierto cazador.

—¡Ah! ya sé, dijo una polla, del señor Castaños.

—No: de Santibañez, dijo otra.

—Nada de eso, dijo Castaños, yo no soy cazador sólo por no levantarme temprano; además, nunca he podido comprender los placeres de esa pasión salvaje, de ese asesinato por placer.

—¡Asesinato! dijo Salvador; bajo ese punto de vista ¿qué sér de la creación no es asesino? en el orden de la naturaleza está prescrito que los seres mayores, se alimenten de los pequeños: ¿cómo podría subsistir el reino animal sin asesinatos?

—Hé aquí la más elocuente defensa de la pena de muerte.

—De la muerte necesaria, sí; insistió Salvador.

—Pues bien, dijo una señora ¿quién es ese astuto cazador que ha podido matar tantas tórtolas que basten para la mesa? porque supongo que nadie se quedará sin su tórtola.

—Sí, señora; dijo Salvador, alcanzarán para todos, porque son sesenta y cuatro.

—¡Sesenta y cuatro! eso es prodigioso.

—¡Pobres tortolitas! dijo una polla, ¡sesenta y cuatro!

—Eso les probará á ustedes, insistió Chona, que el cazador es diestro, y me atrevo á solicitar el honor de ser yo quien lo presente.

—Mejor será que lo adivinen, dijo Castaños; propongo que se le dé una tórtola más al que acierte, supuesto que una tórtola es en estos momentos el bocado mas exquisito que podemos pedir.

—Castaños propone eso, dijo Santibañez, porque ya sabe quién es el cazador.

—¡Ya adiviné! gritó una polla, supuesto que no es ni Castaños ni Santibañez....

—¿Quién será entonces? preguntó una señora.

—Quién ha de ser, el señor don Salvador.

—¡Cabal! ¡cabal! dijeron varias voces ¡es él! ¿es cierto que él es, Chona?

—Sí, señores; es Salvador.

—¡Qué puntería!

—¡Qué buena vista!

—¿Y en cuánto tiempo mató todos esos animales? preguntó Anita.

—En una mañana, dijo Chona.

—Habrá parvadas, objetó Castaños y podrán matarse hasta diez con un tiro.

—Precisamente, dijo Salvador picado, to-

do ello no es más que el resultado de algunos tiros.

—Yo ya sabía, dijo Anita, que el señor don Salvador era muy afecto á la caza.

—Hay más, dijo Carolina, yo sé que el señor D. Salvador, es el primero que se levanta; se va al campo todos los días.

Carlos entretanto hablaba con el padre González que comía á su derecha; y un observador hubiera podido notar, que á pesar de la conversación que Carlos sostenía con el padre, estaba más en lo que se decía entre los convidados, que en lo que el padre le platicara, porque incesantemente dirigía miradas furtivas, aunque con disimulo, para estudiar la fisonomía de las diversas personas que estaban tomando parte en el asunto de las tórtolas.

La conversación llegó al punto de que, entre todos los concurrentes reinaba el mas vehemente deseo de que llegara la hora de saborear las consabidas tortolitas.

Esta hora no se hizo esperar; y bien pronto apareció un criado trayendo el gran

platillo, que fué saludado con un aplauso.

Una vez generalizada la conversación entre los convidados, cada uno se creyó en el deber de decir algo acerca de las tórtolas: asunto que á pesar de la jovialidad que proporcionaba á los consumidores, ponía de más y más mal talante á Carlos.

—Todos han elogiado el platillo de las tortolitas, excepto el señor D. Carlos, observó Anita, quien como sabemos, siempre estaba dispuesta á hacer observaciones.

—Efectivamente, dijo el padre González, el señor D. Carlos ha permanecido callado, mientras que todos nos hemos deshecho en elogios, tanto acerca de la destreza del cazador, como de la habilidad de la cocinera.

—Es muy posible que el señor D. Carlos, dijo una señora grande, no sea afecto á la volatería: yo conozco personas á quienes no podría obligárseles por nada de esta vida á probar un alón de pollo ó una pechuga de codorniz.

—Efectivamente, soy de los menos afectos á las aves.

—¿Es posible? dijo doña Refugio, quien en la opinión de los concurrentes, estaba ya señalada como la cocinera incógnita. Eso debe tener una explicación.

—Indudablemente que la ha de tener, dijeron algunos.

—Si el señor D. Carlos tuviera la amabilidad de dárnosla..... exclamó doña Refugio.

—Con mucho gusto, dijo Carlos, cuyo malestar contrastaba visiblemente con la alegría de los demás.

—Siempre me ha parecido una iniquidad, continuó Carlos, un abuso de poder y un atentado infame, sacrificar á nuestro caprichoso apetito, esos inocentes habitantes del campo, á los que no les debemos sino arrullos y melodías.

No soy afecto á la caza, desde que.... muy joven aún, me impresioné fuertemente, con el relato de una de estas matanzas.

—¡A ver! ¡á ver! dijeron varias voces.

—Que cuente el señor D. Carlos esa historia, dijo doña Refugio.

—Como que el señor D. Carlos, agregó

otra señora, tiene gracia especial para contar esas cosas.

—¡Atención, y silencio con los cubiertos! dijo Castaños, que cada uno tome su tortola, y la guste, mientras el señor D. Carlos nos cuenta lo de la carnicería.

Reinó á poco el silencio, y ya completamente restablecido el orden, habló Carlos de este modo.

—Hace muchos años vivía un joven en una hacienda.... muy distante de aquí. Este joven hijo de un labrador rico, consagraba su tiempo durante el día, al perfeccionamiento de su educación; y aunque vivía en el campo, el género de sus ocupaciones no le había proporcionado el desarrollo físico que es el resultado de los ejercicios fuertes; por el contrario, el joven era nervioso y de constitución delicada.

Se hizo necesario aconsejarle un cambio higiénico, y precisado á optar por algún ejercicio, se decidió por la caza.

Bien pronto fué obsequiado por su padre, con costosas armas y con arneses de exqui-

sito gusto; y un día estuvo el joven hecho un cazador.

Eligió un criado, y salió una mañana muy temprano al campo para hacer su primera excursión....

Fernando, que así se llamaba el joven....

—¡Fernando! ¡qué bonito nombre! interrumpió Chona.

—Fernando, continuó Carlos, que á la sazón estudiaba botánica, se había ocupado, apenas estuvo en el campo, de recoger algunas gramíneas, pensando en que Linneo ha dicho que las gramíneas componen la mitad del reino vegetal: examinaba con prolijo cuidado, si las pequeñas flores de aquel ejemplar, estaban colocadas en espiga ó flotaban en panículo, y si tenían ó no, conchas foliáceas, formando *glumes*, etcétera, cuando el criado le indicó en voz muy baja, que se detuviera.

Salió Fernando de su enagenamiento, para fijarse, siguiendo las señas del criado, en un conejo echado á corta distancia del cazador.

—Tírele usted, dijo el criado.

Pero Fernando permaneció inmóvil, contemplando al conejo, que muy ageno de estar frente á la muerte, se lavaba la cara, haciendo esa preciosa *toilette* de un rumiador que se calienta á la puerta de su madriguera.

Había en los movimientos de aquel animalito, todo ese sello de bienestar y de tranquilidad, que envidiamos los hombres tantas veces; y Fernando, mas apropósito para meditar que para hacerle daño á nadie, se contentó con observar á su propuesta víctima; lo cual en concepto del criado, no tenía mas explicación, sinó que el niño Fernando, para esto de cazar, era muy *diatiro*.

Varias veces se volvió á presentar la ocasión propicia para ejercitar la puntería; pero Fernando no sentía, á pesar de esto, ningún instinto sanguinario; en vista de la presa sentía todo, menos el deseo de herir; y aún se olvidaba de su arma.

No por eso fué el paseo de Fernando menos ameno, pues tuvo ocasión de reco-

gen algunos ejemplares de plantas que deseaba estudiar, y la naturaleza en lo general le proporcionó, más que la caza, ocasión para gozar á su manera.

Por supuesto que Fernando á su regreso á la casa, fué objeto de sangrientas burlas, que acabaron por fin de estimular su amor propio, y volvió á salir al campo con el ánimo firme de hacer presa á toda costa.

Entonces no pidió guía, y rehusó el acompañamiento! del criado y de cuantos le propusieron ser de la partida.

Vagó Fernando por los campos las dos primeras horas de la mañana, habiendo emprendido la tarea de trasponer un cerro que tenía delante.

Deseoso de encontrar un nuevo horizonte, caminaba sin detenerse, y así logró llegar hasta la parte mas elevada.

Era aquella una montaña desnuda en lo general de vegetación; pero extraordinariamente accidentada, cual si toda ella no fuera más que el resultado de un cataclismo. Se destacaban inusitadamente al paso de

Fernando, escarpadísimas rocas, que parecían haber caído de improviso sobre una superficie; ya se abrían profundas grietas á sus piés, que ensanchándose á medida que avanzaban, se convertían mas lejos en verdaderas barrancas.

En uno de estos agrupamientos de grandes rocas, se levantaba una pequeña arboleda, al través de cuyo follage creyó Fernando distinguir las paredes de una casita.

—¡Una casa |en estas alturas! exclamó Fernando.

—Tenía razón de extrañarlo, exclamó doña Refugio sin poderse contener.

—Sí, señora; una casa, repitió Carlos y continuó.

Fernando se dirigió hacia aquella habitación.

Era efectivamente una casita primorosamente dispuesta.

Debajo de unos sauces frondosísimos, se despeñaba un grueso chorro de agua cristalina que se estrellaba á algunos metros mas abajo sobre unas rocas.



LA CASA DEL TIO MATEO

Se subía á la casita por una escalera abierta á pico en la montaña, y del terraplen en que estaba asentada la habitación, se elevaban, pasando por las ventanas, exhuberantes enredaderas cubiertas de flores.

Fernando subió los escalones lleno de confianza y de seguridad, y no poco sorprendido de que en aquellos lugares solitarios hubiera edificada una casita de tan risueña aparición. Acaso sea el principio de alguna ranchería, pensó; pero de todos modos, decía, no se percibe en todo el espacio que puede abarcar la vista, otra casa ni vestigio alguno de que aquí pueda haber más vecinos que los que han tenido la excentricidad de vivir en este desierto.

Hacia Fernando estas reflexiones, cuando le salió al encuentro un soberbio mastín, en cuya actitud se percibía claramente las señales de no estar muy de acuerdo con el huésped.

Ante aquel ataque, Fernando se acordó por la primera vez de su escopeta y se dispuso á defenderse, y quién sabe lo que hu-



biera pasado, si esta escena no la hubiera cortado.... ¿quién piensan ustedes que fué? preguntó Carlos paseando una mirada por todos sus oyentes.

—No acierto, dijo doña Refugio.

—Algún pastor, dijo Castaños.

—Un viejo.

—U otro perro.

—Nada de eso, siguió Carlos, detuvo al perro la muchacha mas encantadora que puedan ustedes imaginarse.

—¿Una muchacha?

—¡Una pastorcita! exclamaron algunos.

—Eso parece una novela.

—¿Con que una muchacha?

—Encantadora, continuó Carlos, una bella niña á quien le bastó estender una manecita blanca y torneada, para calmar por completo el furor de aquel fiel guardian.

—¡Buenos días! dijo Fernando, avanzando.

—¡Buenos días! contestó con la mayor naturalidad del mundo la joven y agregó, de buena se ha escapado usted, señor, este

perro es muy bravo; ¿buscaba usted á mi padre?

—Sí, precisamente; se apresuró á decir Fernando, mintiendo con todo el tino que el caso requería.

—Pues pase adelante, dijo la joven con una voz que.... á Fernando por lo menos le pareció angelical.

Fernando entró y se descubrió la cabeza.

—¿Viene usted cansado? le preguntó la joven.

—Algo; contestó Fernando, esta montaña es muy elevada.

—¡Ah! dijo la joven, ¿entonces vino usted por el lado de la hacienda?

—Sí.

—Del otro lado, es mas fácil la subida. ¿Y cómo supo usted donde vivimos mi padre y yo?

—Lo supe, contestó Fernando, que cada vez estaba mas enagenado por la hermosura de aquella joven, lo supe.... porque me lo dijo mi corazón, porque me atrajo la hermosura de usted, como....

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, N.M.

—Apuesto, á que le iba á decir que lo atrajo como el imán al acero, interrumpió Salvador.

—Precisamente, contestó Carlos.

—Era natural; un hombre, como tú nos has pintado á Fernando, que era casi un sabio, apesar de su tierna edad, no era remoto que le hablara á una cabrera del polo magnético.

—Supongamos que fuera una extravagancia, no por eso tiene esta historia menos interés, ni debemos dejarla pendiente.

—¿Le sirvo á usted café? preguntó á la sazón Santibañez á una señorita.

—¡Dios me libre! contestó ésta, soy muy nerviosa; tendría lo bastante para brincar ocho días.

—¡La azúcar! dijo una voz.

—¡Un poco de cognac!

—Silencio, y que siga la historia.

—Que tome su café el señor don Carlos; dijo doña Refugio, y de sobremesa continuará la historia.

—¡Estaba tan interesante! exclamó una señorita que había leído muchas novelas.

—Pero no es justo que el señor don Carlos deje de tomar café, ya que casi no ha comido.

Se levantó un rumor de aprobación, se generalizó la charla y el café fué amenizado en coro con los primeros comentarios acerca de la historia, que á nuestra vez dejamos pendiente hasta el capítulo que sigue.

